

Nuestro distinguido compatriota R. P. José Vargas Tamayo, S. J., ha publicado en Barcelona, en elegante edición, las bellas poesías del poeta mallorquín Miguel Costa y Llobera, traducidas a la lengua castellana. «La traducción, dice el insigne poeta catalán a su genial traductor, no puede ser más ajustada al original, más fluída y exenta de violentos giros.» Deferrimos en un todo al autorizado concepto del señor Costa y Llobera.

Ha merecido además la pulcra obra del ilustre colombiano el altísimo honor de que vaya prologada por el insigne maestro de las letras españolas don Antonio Rubió y Lluch, que a sus gloriosos títulos y excelencias acompaña uno que debe orgullecer a todo colombiano: su amor a nuestra patria. Reproducimos en obsequio a nuestros lectores el estudio preliminar de don Antonio, y algunas poesías del que acertadamente se ha llamado el «Horacio catalán.»

MIGUEL COSTA Y LLOBERA

Hace poco más de seis lustros, con motivo de un fatal accidente en mis ojos—que me sobrevino repentinamente en mi primer viaje a Grecia,—accidente que había de hacer muy penosa para siempre mi labor intelectual, y con motivo a la vez de un apremiante compromiso, que en situación tan aflictiva me vi obligado a desairar, sin tener la fortuna de que el desatendido aceptara misericordiosamente mis excusas; hace poco más de seis lustros, repito, que tomé la firme resolución de no escribir jamás en mi vida prólogo alguno, viniera de quien viniera la demanda. Y en efecto, así ha sucedido, y en este lapso ningún prólogo han escrito mis pecadoras manos. Pero sólo Dios sabe las recias batallas que desde entonces he tenido que sostener, no sólo con compromisos ex-

ternos, sino con mi mismo corazón, o con mismo amor propio dulcemente halagados. ¡A cuán poderosos reclamos de amistad he debido hacerme sordo, y a cuántas honrosas invitaciones, y a cuántos sueños y ambiciones literarias, no he tenido que renunciar!

Por fortuna, ahora me es dado escribir estas páginas preliminares sin que ellas puedan ser molestas para nadie, ni suscitar reclamaciones póstumas por deudas no pagadas, ni quejas de ningún género, por pretéritas y supuestas informalidades o descortesías. Porque han de saber mis lectores que estas páginas no van a ser ningún prólogo, sino una modesta colaboración en un libro en el cual se cede al autor de lo que parece prólogo, y no lo es, el primer lugar. Con ellas, pues, no infrinjo de propósito el compromiso que bien a pesar mío me vi obligado a contraer. Y cosa curiosa y coincidencia casual: el ilustre escritor colombiano P. José Vargas Tamayo, que es quien solicitó estas páginas, dispensándome una honra inmerecida, no quiere cabalmente tampoco que ellas sean un prólogo, porque resulta que él es precisamente un acérrimo enemigo de tal linaje de literatura.

Me permitirá mi excelente amigo que dé a conocer a los lectores que han de tropezar ante todo con estas mal pergeñadas líneas, el párrafo de su última carta, en que me las pide. Yo no acertaría a expresar mejor su intento, ni las razones con que inconscientemente me libra de la para mí penosa obsesión de escribir en adelante exordio alguno:

«Es el caso que voy a publicar una versión castellana de *Horacianas* y de *Visiones de la Palestina* (de Costa y Llobera) para hacer conocer más al gran poeta mallorquín en las regiones de habla castellana de España y sobre todo de América; y me atrevo a suplicar a usted, que fue como lazo de unión entre él y mi patria colombiana, quiera hacer de nuevo este oficio (¡cuán halagadora para mí

es esta petición), escribiendo al frente de mi traducción algunas líneas sobre la persona y la labor literaria de Costa. *De él únicamente.... Tengo instintivo horror y antipatía a los prólogos de apadrinamiento; a los prólogos, porque siendo lo primero de un libro, y a veces clave para entenderlo y apreciarlo, son nada más, para la mayor parte de los lectores, unas páginas suplementarias, encabezadas con números romanos....; y a los prólogos de apadrinamiento porque además de ser un compromiso muchas veces, y una tortura para el padrino-víctima, creo que si el libro no vale la pena no hay derecho para sacrificar a sus puertas a un autorizado prologuista; y si la vale ya se abrirá él solo paso por esos mundos de Dios».*

Y tan cierto es así, y tan sinceramente siente lo que dice, que ha llevado su delicadeza hasta el extremo de no remitirme las cuartillas manuscritas o mecanografiadas del original de su versión.

¡Benditas sean estas modestas declaraciones del Padre José Vargas Tamayo, que me van a permitir ahora, sin molestia para nadie, hablar una vez más de mi añorado y fraternal amigo, que en tan honda orfandad espiritual me sumiera al desaparecer del mundo de los vivos!

Fortuna inmensa y honra altísima la que Dios me depa-
 ró, al pisar apenas los umbrales de la juventud, de encontrarme en el camino de la vida con dos ungidos de la inmortalidad: Marcelino Menéndez y Pelayo, y Miguel Costa y Llobera. Me unió a entrambos el vínculo de una entrañable amistad, que quedó sellada en las aulas de la universidad de Barcelona. Conocí al primero en ellas, en octubre de 1871, y durante dos años fue el primero y el más querido de mis condiscípulos. Al abandonarlas para trasladarse a Madrid en el curso de 1873 a 1874, quiso mi buena suerte que se me hiciera menos sensible el vacío inmenso que dejó aquél en mi corazón, al encontrarme por acaso con Miguel Costa y Llobera, que debía ser

también mi condiscípulo durante otros dos años consecutivos. De una extraordinaria sorpresa pasé a otra no menos grande; una admiración fue trocada por otra admiración. Me parecía un sueño que pudieran darse en tan breve espacio de tiempo dos semejantes milagros de la naturaleza, que con tan avara mano suele repartirlos. Aquellos excelsos adolescentes habían de ser los mentores, los faros luminosos de mi inteligencia; y al propio tiempo los más íntimos amigos de mi alma. Después que entrambos dejaron las aulas de la universidad barcelonesa, mantuve con ellos hasta su muerte una constante correspondencia que me ha hecho poseedor de dos especies de autobiografías, que son el más rico tesoro de mi copioso archivo epistolar. La segunda de ellas, la de Miguel Costa y Llobera, recientemente publicada, contiene, casi sin más interrupción que la de las cortas temporadas que podíamos vernos, las cartas que aquél me escribiera desde 1876 hasta mediados de 1922. Poco tiempo después me sorprendió su repentina y ejemplarísima muerte, acaecida en el púlpito, en el que, mientras fluía de sus labios fervorosa y fácil la palabra divina, cayó de súbito como herido por un rayo de la gracia, el 16 de octubre de aquel mismo año, mientras predicaba, en las fiestas centenarias de la canonización de Santa Teresa, un elocuente panegírico en honor de la Santa.

Esta intensa amistad semisecular ha dejado impresa en mí una profunda huella. Todavía no he sabido resignarme a su pérdida, para mí la más sentida, después de la de Menéndez Pelayo. *Mu'tis ille bonis flebilis occidit.... nulli febilior quam mihi*, puedo yo exclamar, refiriéndome ahora a Costa y Llobera, con la misma añoranza con que el gran lírico latino acompañó en su dolor a Virgilio por la muerte de su amigo Quintilio.

*
* *

Entrando ya en materia y después de lo dicho, no extrañen mis lectores que en estas páginas el lenguaje del crítico sea sustituido muchas veces por el del alma; ni que en ellas broten las líneas de mi pluma con el mismo desorden desasosegado del que tiene que referir muchas cosas de un sér querido, y no sabe por dónde empezar, y quisiera decirlas todas a la vez, sin obedecer a más ritmo que al latido de la emoción. Yo no sé si a juicio de muchos de mis lectores, que no han podido conocer al poeta sino superficial o fragmentariamente, acertaré a escribir de él lo más interesante, ya que en reducido número de páginas no es dable esbozar por completo una semblanza literaria. Pero declaro honradamente, por lo mismo que le traté con tanta intimidad, que los sentimientos suyos que aquí refleje serán los que más hondamente encendieron y sacudieron su alma de escritor. Este es el deseo que aquí aspiro a realizar. Y éste no es otro que dar a conocer la figura excelsa del poeta lírico, y principalmente del poeta lírico de su terruño y de su habla materna. Y esta figura así considerada, no queda en modo alguno empequeñecida, porque sólo alcanza un valor universal el artista que más profundamente hunde sus raíces en el nativo suelo. Esto fue ante todo y sobre todo Costa y Llobera. Quien de otra suerte se lo figure, tendrá de él una visión completamente falsa.

Únicamente uno solo de los aspectos de esta soberana fisonomía lírica, esto es, como cantor del ideal clásico, trata de revelar el P. José Vargas Tamayo, en este volumen, a los que no conozcan la lengua de Ramón Lull y Ausias March en que fueron dictadas, convencido como nosotros del intenso vigor lírico que palpita en sus *Horacianas*. A ellas se añaden en la presente colección las *Visiones de la Palestina*, escritas en prosa, pero en una forma que imita de algún modo la estructura del verso hebreo;

y aun en ellas aparece profundamente impreso el sello poderoso de su temperamento lírico. Este temperamento culmina principalmente en dos libros, que señalan las dos cumbres más excelsas de su producción poética, y bien podemos añadir que de toda su producción literaria: sus *Líricas catalanas* (1885) y sus *Horacianas* (1906); fruto las primeras de su juventud; de su edad madura casi todas las segundas. En ellas está quizá lo más vibrante, lo más íntimo y lo más grande de su alma de artista. Poeta lírico castellano muy admirado; crítico de exquisito gusto; fervoroso, elocuente y popularísimo orador sagrado; erudito de amplia y excepcional cultura; escritor elegante *utriusque linguae*; pensador profundo; autor piadoso de obras de devoción muy leídas; enamorado de toda fruición estética; hábil en levantar con vara mágica el velo pudoroso con que en la región de la naturaleza y la del espíritu, la belleza oculta a los profanos sus misteriosos tesoros; todo eso fue además Costa y Llobera, y de todos esos aspectos pudieran decirse muy bellas cosas, porque su alma fue ricamente dotada por la Providencia; pero ninguno de esos títulos le hubieran dado derecho a figurar en los anales de las letras patrias, como uno de sus genios escogidos. Sólo brilla como estrella de primera magnitud en el cielo de la poesía lírica.

Sólo como lírico catalán le conocimos y le admiramos los que en la primavera de nuestra vida tuvimos la dicha de compartir con él nuestro afecto, y de ser casi los primeros confidentes de las efusiones poéticas que con tan encendido acento nos comunicaba como una vehemente necesidad de su alma. Era esto allá por los años de 1873 a 1875, ya en nuestras repetidas vueltas por los claustros de las aulas universitarias, ya en retirados paseos o en su humilde y altísimo cuartuco estudiantil de una modesta casa de huéspedes de la calle de Fontanella, una de las pocas semiurbanizadas del entonces naciente ensanche de

la que es hoy una de las más populosas ciudades del Mediterráneo. ¡Con qué asombro oíamos y comentábamos aquellas inefables poesías, aquellas creaciones definitivas que llevaban los títulos de la *Vall, Damunt l'altura, Lo Pi de Formentor*. Aquello era para nosotros cosa insólita, nos parecía asistir a la aparición de un genio extraordinario, que iba a cambiar totalmente la trayectoria de la poesía catalana, hasta entonces de incierto, inseguro paso. Eso lo sentíamos con intensa fuerza, aunque no supiéramos darnos cuenta clara y razonada de nuestras impresiones. Cuando aquellos versos que habíamos saboreado confidencialmente, húmedos todavía del calor de la inspiración, aparecieron diez años más tarde (1885), coleccionados en un elegante tomito que como un recuerdo y mensaje de despedida nos consagró el poeta a sus contados íntimos amigos, al ir a prepararse en Roma para el sacerdocio, la crítica de muy pocos pero selectísimos espíritus confirmó nuestras impresiones. Ella nos señaló con precisión la altura del gigante, que nosotros ya columbrábamos, pero no acertábamos a medir con exactitud. Quadrado, el antiguo colaborador de Balmes—que conservó hasta su muerte su vigorosa juventud espiritual, que le permitía sentir intensamente la vida de las modernas generaciones,—Quadrado saludó con asombro al nuevo poeta, y con él coincidieron el que había decompartir después con Costa y Llobera el cetro en el Parnaso balear, el exquisito Juan Alcover, que este año acabo de descender al sepulcro coronado de gloria; y después de estas dos primeras figuras, otras ya de menos categoría pero todas respetables, como el crítico barcelonés Juan Sardá, etc. Fueron voces espontáneas de admiración de la crítica sesuda e independiente, no de gárrulos gacetilleros, ni tumultuosas adhesiones de la ignorancia promovidas por el reclamo. El éxito fue hondo, pero casi invisible a la superficie.

Ocho años más tarde se me quejaba el poeta de que en Barcelona sólo se habían vendido dos ejemplares de su libro, y me decía con amargura: *Ya veo que soy más conocido en Colombia que en Cataluña*. Pero sus versos se los aprendían de memoria un Quadrado, un Alcover, un Menéndez Pelayo, un Gómez Restrepo. A la comprensión y admiración de los grandes genios, individuos y pueblos no llegan sino por grados. Es la comprensión plena de la suprema belleza tan difícil de conseguir como la de la verdad y la de la virtud.

*
* *

Todavía recuerdo el entusiasmo con que me recitó Quadrado el *Arpa* de Costa, escrita en 1876, y que me pasó por alto, por hallarse el poeta entonces en Madrid. El excepcional valor de esta composición, que expresa de una manera *fremissant* todo el drama de la génesis y de los destinos de la moderna literatura catalana, bien merece que nos detengamos en ella. En esta poesía, además, se transparenta como en pocas el alma romántica de Costa y Llobera, que no hay que desconocer, si es que deseamos tener una idea completa de su personalidad literaria. En su producción poética no es posible divorciar el aspecto clásico del romántico. De él pudiera decirse lo que más de una vez se ha aplicado a otros notables escritores: que fue un romántico del clasicismo y un clásico del romanticismo.

El *Arpa* es una balada catalana digna, en mi sentir, de Schiller o de Goethe, llena de patriótica *saudade*, de un notable y profundo sentimiento elegíaco, la joya quizá de esas lamentaciones románticas, que desde la famosa *Oda a la Patria* de Aribau (1833) ha exhalado tan a menudo la Musa catalana, siempre que ha vuelto los ojos al pasado histórico de su tierra, y contemplado la atrofia

dolorosa de su organismo político. Costa y Llobera, como la escuela de Milá y de Piferrer, siguió fiel en este punto al espíritu del romanticismo catalán, que tiene un carácter propio y muy marcado, histórico, tradicional, cristiano y realista. De las múltiples formas y direcciones que tomó aquella gran revolución del orden literario, que se llamó romanticismo, dejando ahora a un lado su carácter negativo de protesta o rebelión contra la literatura clásica oficial, dos adquirieron señalado relieve y encarnaron en cada país, una con preferencia a la otra, según las condiciones específicas de su alma colectiva. Yo me atrevería a denominar estas dos direcciones con dos nombres gráficos: el de *mal du siècle*, y el de *mal du pays*. Bajo el primero, creo yo, pudieran comprenderse la corriente individualista que engendró el sentimentalismo hiperestésico, el titanismo y el satanismo; bajo el segundo la corriente tradicional, histórica y popular, que despertó el amor a la edad media y a las costumbres, cantos y tradiciones populares de cada país. En la primera figuran principalmente los Byron, los Vigny, los Espronceda, etc.; en la segunda los Walter Scott, los Manzoni, los Milá y Fontanals para no citar más que algunos nombres. Sin querer dar a nuestra afirmación un valor demasiado absoluto, nos parece observar que en los países que, como Francia e Inglaterra, la edad media vino a ser una cosa meramente arqueológica, ni había problema étnico que resolver por haber realizado con más o menos plenitud sus aspiraciones nacionales, arraigó principalmente el *mal du siècle*, que tuvo sus primeras raíces en Rousseau. En aquellos otros, por el contrario, donde se sentía un dolor racial, como en Escocia, Cataluña, Italia y en cierto modo también en Alemania, fue el *mal du pays* el que se sintió con más fuerza, o a lo menos fue el predominante. Los dolores individuales, egoístas, no tenían para los poetas de dicha tendencia ningún valor positivo. Los Werther, los René, los Chartentón, los Anto-

ny, etc., no eran posibles en Escocia o Cataluña. En la literatura española tuvo también el romanticismo un carácter preferentemente histórico, pero no elegíaco, como en la catalana. Los héroes de sus gestas épicas volvieron a poblar de nuevo su producción teatral, novelesca y legendaria, porque la edad media fue en ella siempre cosa viva, y lo fue también su poesía popular. No en vano ha sido considerada la literatura española como la más nacional de entre todas las europeas, y por eso fue esencialmente tradicional y popular y fundamentalmente romántica. La gran revolución literaria no hizo otra cosa que reanudar su tradición, volver su inspiración al antiguo cauce.

Hemos hecho estas ligerísimas indicaciones para situar en su verdadero ambiente literario a Costa y Llobera, considerado, ora como poeta subjetivo, en sus *Líricas catalanas* (1885), ora como cantor tradicional, en su tomo titulado el *Agre de la terra* (1897), esto es, el *sabor del terruño*, y en su colección de *Tradiciones y fantasías* (1902). Su escuela es la del romanticismo histórico y tradicional, la de sus conterráneos Quadrado y Tomás Aguiló, la de su maestro Milá y Fontanals. En el *Arpa* se siente hondamente el *mal du pays*. El poeta vierte lágrimas de piedad ante la posible desaparición de la poesía catalana (1).

*
* *

Catalán de Mallorca, Costa y Llobera amó intensamente a su patria racial y a su patria de nacimiento, y amó con delirio su lengua materna, sin desatender ni desdeñar la castellana, aunque ésta no le fuera tan pródiga con sus dones cual la primera. Así han sido los primeros en reconocerlo los mismos escritores de habla castellana,

(1) Nos permitimos trasladar al final de estas páginas la versión que de esta poesía ha publicado el benemérito literato autor del presente estudio sobre Costa y Llobera.—(N. del T.)

Valera y el P. Restituto del Valle, entre otros, en España; Miguel A. Caro y A. Gómez Restrepo en Colombia. Pocos han comprendido tanto como él—así nos lo atestigua elocuentemente el *Arpa*—el profundo dolor que inspira la desaparición de una literatura y de una lengua, que no son en realidad otra cosa que la desaparición de un tesoro histórico, estético y filológico de un valor universal, mejor dicho, la mutilación de una herencia espiritual que pertenece no sólo al pueblo que las posee, sino a la humanidad entera. Así lo entendieron Humboldt, Sismondi y Ticknor para no citar más que algunos de los grandes filólogos e historiadores de las letras. Este es el sentido que vemos palpitar hasta en las mismas *Horacianas*, sobre todo en su oda a Cabanyes, a quien llama trágicamente *cantor sin lengua*, porque no supo comprender el tesoro inmenso de poesía que la lengua materna encierra. Costa y Llobera pudo en cambio exclamar con la misma ternura que Camoens...

que não e premio vil ser conhecido
por un pregaô do ninho meu paterno

Después de Mariano Aguiló, nadie ha sentido con más dulce ternura, ni cantado con más férvida entonación que Costa y Llobera la unidad espiritual e histórica de Cataluña y de Mallorca. En su majestuosa oda *Als Pirineus catalans* ensalza con viril estro a Cataluña, de la que es su tierra insular carne de su carne y hueso de sus huesos. Los Pirineos son los abuelos inmortales de su amada *Roqueta*, cuyas montañas tienen en ellos sus raíces de Cataluña; nacen también los manantiales que la riegan; de allí el habla que nunca se alejó de su corazón; de ella se derivan los apellidos y los nombres que llevan hoy los hijos y los pueblos y lugares de su vergel insular. Pero al mismo tiempo no ha habido poeta de la isla que haya sentido con más poesía el *sabor de la tierra*, como el gran lírico mallorquín. Hasta mosén Costa y

Llobera, como ha dicho Juan Alcover, el alma de Mallorca no había encontrado su voz, ni recobrándose a sí propia. Su inspiración nació espontánea en las costas osiánicas del cabo *Formentor*, donde se erguía el gigantesco pino que inmortaliza en su famosa oda, símbolo del ideal que, arrogante, sacudía encima de los nublados su regia cabellera, y desde aquellas costas tomó su vuelo de águila triunfal. La naturaleza de la isla se transfigura, gracias a él, en un sublime Tabor, y toma una fuerte significación trascendental como en los versos de fray Luis de León. Ningún poeta mallorquín ha sido en su tierra más estimado, ni más admirado, ni se ha hecho más popular. Lo que fue para Cataluña mosén Verdaguer, esto fue para Mallorca el autor de las *Horacianas*: ambos ostentan los dos títulos venerados de vates y sacerdotes, como algunos de los grandes profetas del pueblo de Israel.

Costa y Llobera señala verdaderamente en el concepto formal, una etapa ascensional en el Parnaso catalán, donde ha ejercido una influencia extraordinaria. Pero la raíz más honda y jugosa de su inspiración está en su pueblo natal, Pollensa, en el que, a pesar de todo, sintió, como Leopardi, fuertes crisis de pesimismo y de nostalgia. Fuera de las *Líricas* castellanas, que en gran parte nacieron en Italia, inspiradas por la fervorosa contemplación diaria y la admiración de su doble grandeza clásica y cristiana, Costa y Llobera, como cantor del ideal, como cantor de Mallorca, como cantor de Cataluña, buscó la fuente más pura de su inspiración en su privilegiada tierra mallorquina; la de los deleitosos valles, la de los altos montes, de las rocas acantiladas, de las calas helénicas; la de las grutas maravillosas llenas de misterio, en una de las cuales dejó Homero olvidada su mágica lira. Así nos lo cuenta el poeta en su grandioso poema *La deixa del geni grech* (La herencia del genio griego) adaptando una vieja leyenda de Heródoto. Su poesía la caracteriza talana en los días de Aribau, pocos la elevaron a cimas

más encumbradas, con vucio más majestuoso, con ritmo más musical. Hay en sus versos zarpazos de la fantasía de Víctor Hugo, vagarosas melancolías lamartinianas. La pureza y distinción de su poesía son a la vez reflejo de su corazón de ángel y de su noble y pudoroso continente físico. Nuestra raza de almogávares, *sedienta de educación*—como dice nuestro Carner, otro gran lírico,—en su marcha ascensional recibió con entusiasmo, aunque demasiado tarde, porque Costa y Llobera por largo tiempo quedó como un poeta inédito e ignorado, aquella forma purísima clásica, labrada con espíritu cristiano y fundida en el crisol de la más sincera emoción romántica. muy bien en su composición—una de las mejores—*A un poeta ignorado*; es una poesía vaga, sencilla, grave y pensativa.

En su primer tomo de *Líricas catalanas* está, repetimos, lo mejor, lo más sincero, lo más sentido de su inspiración. Después pudo alcanzar mayor perfección de estilo, más amplitud y grandeza de fondo y de forma, si se quiere, sobre toda en las castellanas, pero no estro más alto. Por vez primera la Musa catalana caminó en sus versos con augusto andar de diosa. La efusión lírica, el canto más puro del alma, la oda, amor de la escuela ca-

Aquellas poesías denotaban a la vez una amplísima y fuerte educación literaria. Los tesoros de las Gracias, los de las grandes literaturas mundiales, le eran familiares en sus propias lenguas, y el mundo del arte y el mundo físico se fundían en su espíritu, con suave armonía. Sin embargo, hasta que fue a hacer sus estudios eclesiásticos a Roma, puede decirse que fue un *autodidacto*. A los veintidós años intentaba aprender el priego por sí mismo, y me pedía noticias de gramáticas y diccionarios de esta lengua, porque en Pollensa, me decía, «nadie puede enseñármelo».

A. RUBIÓ Y LLUCH

(Continuará).